

Escritos de juventud (fragmentos)¹

G. W. F. Hegel

El derecho inalienable de juzgar por sí mismo

Por su aceptación a los principios de un sistema filosófico un hombre se convierte en el adherente de una secta filosófica; en lo práctico, a través de la virtud, se convierte en un ciudadano del reino de la moralidad; en ambos casos no acepta otros deberes que los que él mismo ha cedido, es decir, el deber de actuar justicieramente y el derecho de exigir tal acción por parte suya. Por el contrario, al entrar en la sociedad de la secta cristiana positiva aceptaba el deber de obedecer a sus estatutos, no porque él mismo juzgaba algo como imperativo, bueno y adecuado: el juicio sobre esto correspondía a la sociedad. Adoptaba el deber de creer algo, de tener algo por verdadero, porque la sociedad así lo disponía. [Por el contrario] al convencerme de la verdad de un sistema filosófico me reservo el derecho de cambiar mi convicción si mi razón lo exige; [en cambio] el prosélito, al entrar en la sociedad cristiana, transfería a ésta el derecho de determinar, también para él, lo que es verdadero, y asumía el deber de aceptar esta determinación, independientemente de su razón y aun en contradicción con la misma. Aceptaba el deber, igual que en el contrato social, de someter su voluntad privada al voto de la mayoría, a la voluntad general.

La angustia nos sobrecoge al imaginarnos en tal situación; el panorama se torna todavía más triste si se reflexiona sobre los posibles resultados de tal pedantería, pero el espectáculo más lamentable se nos ofrece cuando nos fijamos realmente en la historia de la miserable forma cultural que la humanidad ha adoptado como consecuencia de la renuncia de cada uno, en su individualidad y en la de sus descendientes, del derecho de juzgar por sí mismo lo que es verdadero, bueno y justo en los campos más importantes de nuestro saber, de nuestra fe y en todas las otras cuestiones [que nos atañen]. (p.100).

Contra los oficios divinos

La *memoria* es la horca de la que cuelgan estrangulados los dioses griegos. Presentar una galería de figuras así estranguladas, hacer que se bamboleen al viento del ingenio, burlándose las unas de las otras, formando grupos y cuadros graciosos, se llama a menudo poesía.

La memoria es el sepulcro, el depósito de lo muerto. Lo muerto yace en ella en cuanto muerto. Está presente en ella como una colección de piedras. Ordenarlas, repasarlas, quitar-

¹ Los siguientes fragmentos están extraídos de Hegel, G. W. F., *Escritos de juventud*, México, FCE, 1978; en cada caso se indican los números de páginas correspondientes; los subrayados pertenecen a Hegel, los subtítulos han sido colocados *ad hoc* para esta edición.

les el polvo, todas estas ocupaciones, por más que estén relacionadas con lo muerto, le son independientes. En cambio, murmurar oraciones incomprensibles, decir misas, rezar rosarios, consumir ceremonias vacías del culto, sí son acciones de lo muerto. Por su mediación, el hombre trata de convertirse del todo en objeto, de hacerse regir enteramente por algo ajeno. Este servicio se llama oficio divino. ¡Fariseos! (p.167).

Diario de viaje por los Alpes [1]: el eterno proceso de lo vivo

Era el atardecer cuando fuimos a ver la cascada. En parte ya la habíamos ido viendo por el camino, sobre todo desde la fonda; pero a pesar de lo cerca que estábamos, sólo nos pareció un hilo de agua insignificante, que de ningún modo nos iba a compensar el esfuerzo y los gastos del día confirmando, absolutamente, el juicio del guía. Pues, pese a estos prejuicios y aunque comenzaba oscurecer, cuando nos acercamos al lado mismo de la cascada y nos situamos debajo de ella, nos satisfizo por completo. Quizá fue en parte por tratarse del primer accidente de este tipo que veíamos en nuestro viaje, mientras que quien nos guiaba, venía ya saturado de grandes accidentes naturales. Lo único grandioso es la altura de la pared de roca desde la que cae la cascada, no la misma cascada en sí. En cambio el vuelo fino, flexible, libre de esta cascada tiene algo de cautivador. No es un poder, una gran fuerza lo que se ve; al contrario, *el pensamiento se encuentra lejos del yugo, de la necesidad imperiosa de la naturaleza, y lo vivo, siempre descomponiéndose y dispersándose en vez de concentrarse en una masa, lo eternamente en proceso y acción, produce la imagen de un libre juego.*

Estábamos demasiado cansados como para aguardar que la magia de la luz nocturna bailara sobre la cascada. Tampoco íbamos a esperar hasta ver los famosos arco-iris sobre la cascada, ya que el sol no empieza a dar en la cascada hasta las siete y queríamos aprovechar el fresco de la mañana para un camino tan duro como el que nos esperaba. Para cenar nos dieron un plato de huevos, jamón, algo de asado y unas fresas estupendas. (pp.196-197).

Diario de viaje por los Alpes [2]: los límites de la representación

De repente, cuando nos acercábamos a unas casas, descubrimos a un lado la parte superior del salto, y llenos de alegría nos dirigimos hacia él atravesando los húmedos prados. En la verde loma que se encuentra frente a la cascada el agua pulverizada nos caló por completo, pues el viento provocado por el mismo salto la empujaba en nuestra dirección. Para abarcar mejor la cascada hay que bajar aún por una pendiente de hierba resbaladiza hasta el borde del abismo en que se hunde. Desde aquí se disfruta el panorama del salto tanto como se puede ver de él, y ciertamente el majestuoso espectáculo nos recompensó por las fatigas del desagradable día. El agua, colándose arriba por un estrecho paso en la roca, cae luego a plomo en ondas cada vez más amplias, que arrastran constantemente hacia abajo la mirada del espectador; pero éste nunca consigue fijarlas, perseguirlas, pues su imagen, su figura se volatiliza a cada momento ya a cada momento es sustituida por otra, *viendo en esta cascada constantemente la misma imagen y a la vez que no es la misma.* Después que las ollas han des-

cendido –más que caído– una altura considerable, chocan contra las rocas y se introducen espumeando en tres o cuatro agujeros, para luego reunirse y caer estruendosamente en un abismo cuya profundidad ya es inasequible para la vista, pues se interponen las pequeñas. Sólo a alguna distancia se ve agigantarse sobre el abismo como humo, en el que reconoce la espuma que sube del salto.

Con razón el guía ha llamado la atención sobre esta cascada; pero una descripción es tan incapaz como una pintura de sustituir la propia presencia. En todo caso sólo una imaginación que dispusiese ya de imágenes similares podría representarse el todo. Pero una pintura, a no ser que sea muy grande, no puede resultar sino mezquina y sólo dará una idea insuficiente. *La presencia sensible del cuadro*, lejos de permitir a la imaginación desplegar el objeto imaginado, hace que ésta lo conciba como se ofrece a la vista. Y es que, sostengamos el cuadro en la mano o se halle colgado de la pared, los sentidos no pueden sino, midiéndolo por comparación a nuestras dimensiones y a los objetos circundantes, encontrarlo pequeño. Un cuadro de esas características tendría que ser acercado a los ojos hasta que tuviesen dificultad en abarcarlo todo, imposibilitados de yuxtaponerlo a otros objetos y perdida así ya toda escala. Y aparte de todo esto incluso en el mejor cuadro falta lo más atractivo y esencial de un espectáculo así: la vida eterna, la poderosa actividad que encierra. Un cuadro no puede proporcionar más que una parte de toda la impresión: una imagen igual en determinados contornos y aspectos. En cambio la otra parte, la eterna disolución de cada onda, de cada espuma, que arrastra consigo a la vista, incapaz ni durante un instante de mantener la misma dirección, toda esta potencia, toda esta vida se pierden por completo. (pp. 202-203).

Amor y pudor

La verdadera unificación, el amor propiamente dicho, se da sólo entre vivientes que igualan en poder que, en consecuencia, son enteramente vivientes uno para el otro, sin que tengan aspectos recíprocamente muertos. El amor excluye todas las oposiciones; no es entendimiento, cuyas relaciones siempre toleran que la multiplicidad siga siendo multiplicidad, y cuyas uniones son oposiciones. No es razón que opone sus determinaciones a lo determinado en general; no es nada limitador, nada limitado, nada finito. Es un sentimiento, pero no un sentimiento particular. Del sentimiento particular (ya que ésta es sólo una vida parcial y no la vida eterna), a la diversificación de los sentimientos, para encontrarse a sí misma en esta totalidad de lo diverso. En el amor, esta totalidad no está abarcada en cuanto suma de muchas individualidades particulares separadas. En él la vida se reencuentra como una duplicación y como unidad concordante de sí misma. Partiendo de la unión no-desarrollada, la vida ha recorrido, a través de su proceso de formación, el ciclo completo hasta la unión completa. La unión-concordancia no desarrollada tenía todavía frente a sí la posibilidad de la separación y al mundo; en el curso del desarrollo, la reflexión produjo cada vez más oposiciones, hasta que puso la misma totalidad [subjética] del hombre a él mismo en cuanto objetivado; hasta que finalmente el amor cancela la reflexión en una ausencia completa de objetividades, quitándole a lo puesto todo su carácter ajeno. Así la vida se reencuentra a sí misma sin carencia

alguna. En el amor lo separado subsiste todavía, pero ya no como separado, sin como unido; y lo viviente siente a lo viviente.

Dado que el amor es un sentir de lo viviente, los amantes se pueden distinguir sólo en cuanto mortales, en cuanto están pensando en esta posibilidad de la separación. (No se distinguen por una separación real, por una situación en la cual lo posible, unido con un ser, se convertiría en realidad.) A los amantes no se les adhiere materia; son una totalidad viviente. Afirmar que los amantes tienen [cada cual] su independencia, sus principios propios de vida significa afirmar únicamente que pueden morir. Afirmar que la planta contiene en sí sales y otros minerales que llevan en sí mismo sus propias leyes causales es hablar a partir de la reflexión exterior y significa afirmar únicamente que la planta se puede descomponer.

El amor, sin embargo, tiende a suprimir incluso esta diferenciación, esta posibilidad en cuanto posibilidad, tiende a unificar lo mortal mismo, a hacerlo inmortal. Lo separable, mientras subsista antes de la unificación completa, mientras siga siendo algo propio, perturba a los amantes. Hay una especie de antagonismo entre la entrega total (la única destrucción posible, la destrucción de lo opuesto en la unificación) y la independencia que todavía subsiste, y aquélla se siente obstaculizada por ésta última. El amor se indigna ante lo que continúa separado, ante una propiedad. Esta irritación del amor a causa de la individualidad es el pudor. El pudor no es una reacción convulsiva de [la parte] mortal, no es una exteriorización de la libertad de mantenerse, de conservarse. Ante una agresión sin amor, un corazón lleno de amor se siente ofendido por esta hostilidad misma; su pudor se transforma en la ira que, ahora, sí, sólo defiende la propiedad, el derecho.

[...] Un corazón puro no se avergüenza ante el amor; se avergüenza más bien de que él mismo no sea perfecto, se reprocha que todavía exista, en sí mismo, un poder –algo hostil– que obstaculiza la culminación del amor. El pudor aparece sólo ante el recuerdo del cuerpo, ante una presencia personal exclusiva, ante la sensación de la individualidad. No es un temor *por* lo que es mortal, por lo propio, sino en temor *ante* lo mismo, un temor que, en la medida en que el amor reduce al elemento separador, desaparece con éste: porque el amor es más fuerte que el miedo. No teme a su temor sino que, acompañado por él, cancela las separaciones, preocupado de que pudiera encontrar una oposición resistente o incluso inamovible. El amor es un dar y un recibir mutuo; tímido, pensando que sus dones podrían ser despreciados, tímido, pensando que algún elemento opuesto podría no ceder ante su recibir, está tanteando [para ver] si acaso la esperanza no lo ha engañado, si acaso logra encontrarse enteramente a sí mismo. El amante que recibe no se hace más rico por ello que el otro, se enriquece sin duda, pero no más que el otro. Igualmente, el amante que da no se hace más pobre; dando al otro ha aumentado sus propios tesoros de idéntica manera. (Julieta, en *Romeo y Julieta*: “cuanto más doy, tanto más tengo”). (pp.262-264).

Amor e intercambio

El amor adquiere la riqueza de la vida en el intercambio de todos los pensamientos, de todas las variaciones del alma, buscando diferencias infinitas y encontrando infinitas unificacio-

nes, volcándose hacia toda la multiplicidad de la naturaleza para beber amor de cada una de sus vidas. Lo que es lo más íntimo y propia se unifica en el contacto, en el palparse hasta la inconsciencia, hasta la cancelación de toda distinción. (p.264).

Amor y virtud

El amor no sólo reconcilia al criminal con el destino; reconcilia también al hombre con la virtud. Es decir, si el amor no fuera el único principio de la virtud, cada virtud sería al mismo tiempo una falta de virtud. (p.335).

Soledad y representación

La contradicción siempre creciente entre lo desconocido que los hombres buscan inconscientemente y la vida que se les ofrece y se les permite, la que han acabado haciendo propia, por una parte, y por otra la contradicción contenida en la añoranza de vida de aquellos que han elaborado en sí mismos la naturaleza, elevándola hasta la idea, contienen, ambas, una tendencia al mutuo acercamiento. La necesidad de los primeros, de tomar conciencia de aquello que los aprisiona y de obtener lo desconocido que están deseando, coincide con la necesidad de los segundos de pasar de su idea a la vida. Estos últimos no pueden vivir solos; sin embargo, el hombre está siempre solo, aun cuando ha configurado, para sí mismo, su propia naturaleza en forma de representación, habiendo convertido la misma en compañera suya, gozándose en ella. (p. 391).

Vulgaridad y plenitud

Una hora elimina a otra hora.
En lo cotidiano se olvida de sí misma la vida
y antes de pensar que estaba ahí, ha huido.
Pocas horas se destacan de la vulgaridad
en las que el hombre se sienta un poco más de lo que él es,
[...] en ellas el alma se siente en plenitud. (p. 396)

Individualidad

El concepto de individualidad comprende en sí tanto la oposición contra una multiplicidad infinita, como la unión con la misma. Un hombre es una vida individual en cuanto es algo distinto de todos los elementos y de la infinitud de las vidas individuales que hay fuera de él; es una vida individual sólo en la medida en que es *uno* con todos los elementos y con toda la infinitud de las vidas individuales fuera de él, y *es* sólo en la medida en que la totalidad de la vida está dividida, siendo él una parte y todo el resto la otra parte; *es* sólo en la medida en que *no* es una parte, en que no hay nada que esté separado de él. (p. 400).

Bajo el signo de la cruz

El hecho de que la religión cristiana se haya adecuado a las costumbres más diversas fue motivo tanto de recriminaciones como de alabanzas. La corrupción del Estado romano fue su cuna; la religión cristiana se vuelve dominante cuando este Estado se encuentra ya en decadencia, y se vio que no impidió en absoluto su derrumbe. Al contrario, es precisamente por este derrumbe como ella logra extender su esfera de influencia. Se nos aparece como la religión de los romanos y de los griegos superrefinados, esclavizados y saturados de los vicios más abyectos y, al mismo tiempo, como la religión de los bárbaros más salvajes, ignorantes y libres. Fue la religión de los Estado italianos en las épocas de su libertad orgullosa en el medioevo, y de las repúblicas suizas, graves y libres, de las monarquías más o menos moderadas de la Europa moderna, y fue también la religión, a la vez, de los siervos más duramente oprimidos y la de sus señores: unos y otros acudían a *una* iglesia. Bajo el signo de la cruz, los españoles asesinaron generaciones enteras en América, y los ingleses celebraron con cantos de acción de gracias la devastación de la India. En su seno llegaron a florecer los productos más bellos de las artes plásticas y bajo ese signo surgió el alto edificio de las ciencias. Sin embargo, en su honor, también, se condenaron todas las bellas artes y se descartó el desarrollo de la ciencia como una impiedad. El árbol de la cruz creció, echó raíces y trajo frutos bajo todos los climas. Los pueblos vincularon con él todas las alegrías de la vida, y fue él también el que alimentó y justificó las postraciones más miserables. (p. 420).

Devenir

Desaparecen las horas, con cuya mudanza
está enlazada la vida de los mortales,
como el sol que asciende por un camino de luz
y descende por otro de noche,
así se eleva por la alegría la vida, y rueda
cuesta abajo por el dolor, hasta que subiendo y bajando
alcanza el callado final su meta. (p. 396).